



SEMINÁRIO MISSIONÁRIO ARQUIDIOCESANO
"REDEMPTORIS MATER"
BRASILIA

TELÉFONO: (55) 61 3251 1818 - FAX: (55) 61 33674759
e-mail adrmater@terra.com.br

Brasilia mayo 2015.

Queridos hermanos:

La alegría de la Pascua os siga acompañando en vuestra vida y la venida del Espíritu Santo culmine en cada uno de nosotros la eficacia del Misterio Pascual.

Desde la última carta hemos vivido acontecimientos muy bonitos que queremos compartir con todos vosotros.

Acabamos el mes de Marzo con la Admissio de cinco candidatos: Gean, José Arcângelo, Nathan, Rafael y Romildo. Presidió la celebración el Sr. Obispo auxiliar Mons. José Aparecido. El día 28 recibimos de nuestros catequistas el Anuncio alegre de la Pascua y el día 29 celebramos en las diversas parroquias el Domingo de Ramos.

El mes de Abril se inició con la Misa Crismal en la Catedral, junto con todos los sacerdotes de la Diócesis y la participación de muchos fieles. El Triduo Pascual lo hemos vivido con gran intensidad. La Adoración de la Cruz fue presidida, como cada año, por nuestro querido Cardenal Mons. José Freire Falcão. A pesar de la lluvia, pudimos recorrer la Vía Sacra acompañando a Cristo y contemplando dos estaciones en el convento del Carmelo. La culminación fue la Gran Vigilia de Pascua que nos sumergió a todos en el Misterio Pascual de Cristo. Al día siguiente el almuerzo festivo puso broche de oro a la festividad pascual.

Esa misma noche, después de celebrar solemnes Vísperas, y ya de madrugada, nos reunimos en la capilla de la Santísima Virgen para iniciar nuestra Peregrinación en la semana in albis.

Viajamos hasta Franca. Al llegar fuimos directamente al cementerio para rezar delante de la tumba del P. Ramón, catequista itinerante que murió ejerciendo su labor de evangelizador aquí en Brasil. En la Catedral de Franca cantamos Vísperas acompañados de algunos hermanos, entregamos los rosarios a cada seminarista y, por grupos, los seminaristas de los cuatro Redemptoris Mater de Brasil, pasaron por grupos pidiendo una gracia a la Virgen y comenzando su periplo de estos días. Esa noche celebraron la eucaristía y fueron acogidos por las comunidades de las parroquias Niño Jesús de Praga, Santa Rita, Santana, San Pedro, San Benedicto y Catedral. Algunos seminaristas dieron su experiencia, compartieron un buen ágape y fueron acogidos dos a dos en las casa de los hermanos.

Al día siguiente partieron para Orlandia, Ituverava, Nuporanga, Sales Oliveira y Guará. Los grupos eran acompañados hasta 12 o 14 kilómetros antes del próximo encuentro y los seminaristas caminaban rezando, leyendo la historia de San José de Anchieta y compartiendo sus experiencias. El día 8 los grupos llegaron a San João de Boavista, Caconde, San José de Río Pardo, Vargem Grande do Sul, Mogi Guaçu y Tambaú. El día 9 fueron recibidos por las comunidades de Nova Jerusalem, Nuestra Señora de Fátima y Catedral de Jundiá y en las ciudades de Salto, Itupeva y Cajamar. Todavía el día 10 caminaron hasta las parroquias Santa Margarida Maria, Santa Bernardete y San Antonio de Limão en San Pablo y San Pablo Apóstol de Santos.

Llegó el día esperado y todos los grupos hicimos el último recorrido juntos, en procesión, cantando y rezando el rosario, hasta el Santuario de Nuestra Señora Aparecida,

partiendo desde el río donde fue encontrada la imagen. Fue un momento fantástico de comunión y de fervor cuando, llegando al Santuario, pasamos por delante de la imagen de Nuestra Señora pidiendo una gracia de la maternal protección de María.

Cantamos Laudes con todos los hermanos que nos acompañaban, llegados de distintas regiones, almorzamos compartiendo juntos lo que cada uno generosamente había llevado. Por la tarde cerramos la Peregrinación con una solemne Eucaristía. Antes de partir de vuelta al Seminario, nos fue ofrecido un churrasco para tomar fuerzas para las muchas horas de autobús hasta nuestra casa de formación.

El acontecimiento con que ha concluido el mes de abril ha sido extraordinario: la convivencia de presbíteros formados en nuestro seminario. Los días 27 al 30, la mayor parte de los presbíteros nos hemos reunido en la casa de convivencias del Camino aquí en Brasilia. Han llegado prácticamente de todas las partes del mundo. El clima de comunión y de sinceridad ha sido extraordinario. Se trataba de vivir este jubileo de los 25 años del Seminario haciendo historia de las maravillas del Señor, dando gracias por todos los dones recibidos y pidiendo fuerza y ayuda para una mayor conversión. La predicación del equipo itinerante nos ha ayudado a ello. Las experiencias de los hermanos han sido verdaderamente edificantes, así como algunas cartas de adhesión que hemos recibido de los que no pudieron participar en el evento. Pasaron por la convivencia Mons. José Aparecido, obispo auxiliar, que presidió la Eucaristía, el Sr. Cardenal D. José Freire Falcão, el Sr. Arzobispo de Brasilia y Mons. Marcos Tavoni, obispo de Buen Jesús de Gurgueia, formado en el Redemptoris Mater de Brasilia.

La convivencia culminó el día primero de mayo, fiesta de San José Obrero con una bellísima eucaristía presidida por nuestro Sr. Arzobispo. Estaban presentes también el Sr. Nuncio de Su Santidad, los obispos auxiliares Mons. Marcony y Mons. Valdir, Mons. Tavoni, Mons. José Ronaldo y el Abad mitrado D. Paulo. Nos acompañaron algunos formadores del Seminario Mayor y otros amigos de la casa. Después de la Eucaristía se sirvió un almuerzo de hermandad y se hicieron los diversos homenajes con cantos y con mucha alegría. El ambiente era verdaderamente reconfortante.

Los actos de conmemoración de las Bodas de plata culminarán, Dios mediante, el día 21 de junio, con un solemne Te Deum en los jardines del seminario, en que podrán participar todos los hermanos de las comunidades que lo deseen.

Durante este tiempo han continuado las visitas al Seminario: 50 fieles de la Diócesis de Bom Jesus de Gurgueia, acompañados por su obispo Mons. Tavoni, el grupo Vira Vida, de jóvenes con problemas familiares y de comportamiento, monaguillos de la parroquia de San Pedro y San Pablo, 60 jóvenes de la parroquia Inmaculada Concepción de Sobradinho, 170 jóvenes de la parroquia San Sebastián de Planaltina, etc.

Estamos teniendo también reuniones para preparar la Jornada de Puertas abiertas que celebraremos este año los días 22 y 23 de agosto, si Dios quiere, y a la que estáis todos invitados. Estamos preparando igualmente la primera cena benéfica que celebraremos el día 8 de mayo con 500 personas en el Centro de reuniones Brasil 21 de Brasilia. Nos ayuda un grupo de señoras que quieren colaborar en esta actividad, que tal vez sea preludio de otras muchas.

Todos estos acontecimientos podéis seguirlos en el site del seminario: rmater.org.br

Acompañamos esta carta con algunos testimonios de los seminaristas sobre la Peregrinación a Aparecida.

Rezamos por todos vosotros cada día y, como siempre, continuamos solicitando vuestra colaboración, de la que estamos necesitados. Dios os lo pague.

Un fuerte abrazo,

P. Paulo de Matos Félix
Vicerrector

P. Juan José Armendáriz Lerga
Rector

Experiencias de los seminaristas en la Peregrinación de la Semana In Albis al Santuario de Aparecida.

Vinicius

Queridos hermanos en Cristo, la Paz.

Soy Vinicius de Lima Podda, seminarista del Seminario Arquidiocesano Misionero *Redemptoris Mater*. Tengo 24 años y estoy en el octavo año de Seminario, en tercero de Teología. Me gustaría a través de estas líneas contaros un poco la experiencia del encuentro con Cristo resucitado que Dios me ha concedido en esta octava de Pascua. Voy a intentar ser breve recordando que la peregrinación pascual es una costumbre de los Seminarios *Redemptoris Mater* y muchos hermanos no saben cómo se desarrolla. Seguramente omitiré muchos detalles, porque relatarlo todo haría este texto demasiado largo.

Después de la Resurrección del Señor, y por la alegría que brotaba del anuncio de tan grande noticia, los discípulos no podían quedarse parados. Por eso todos los seminaristas, tras vivir la Pascua con nuestras comunidades, salimos también de ciudad en ciudad anunciando esta Resurrección de Cristo en nuestras vidas en una peregrinación que dura una semana. El destino que Dios escogió para nosotros este año fue el estado de São Paulo. Salimos de la ciudad de Franca en el norte del estado hasta llegar a Aparecida do Norte, al Santuario de la Patrona de nuestra nación. En el transcurso de la peregrinación no vamos todos juntos, sino divididos desde el primer día en grupos de unos diecinueve seminaristas, y seguimos diferentes trayectos hasta encontrarnos en el destino final. Mi grupo tuvo la gracia de hacer el siguiente itinerario: Franca, Ituverava, São José do Rio Pardo, Jundiá, São Paulo y finalmente Aparecida do Norte.

La peregrinación sigue un esquema básico: por la mañana, antes de partir para la siguiente ciudad, rezábamos el oficio de lecturas en la Parroquia que nos había acogido. Los hermanos que nos acogían se encargaban también de llevarnos hasta la siguiente ciudad. Pero no íbamos directamente al destino, sino que nos dejaban unos catorce kilómetros antes para ir caminando hasta el punto de encuentro en el que los hermanos de la siguiente ciudad nos esperaban para acogernos. Durante el camino rezábamos los laudes, la hora intermedia, las vísperas y el rosario; leíamos algún libro espiritual (este año fue la vida de São José de Anchieta) y nos contábamos los unos a los otros nuestra experiencia. Al llegar a la ciudad cantábamos y anunciábamos a Cristo resucitado a quienes encontrábamos. Al llegar a la parroquia nos acogían en la casa de algún hermano, donde descansábamos un poco antes de celebrar la eucaristía y tener un ágape con ellos. Así transcurrían los días hasta nuestro destino.

Este año tuvimos dos gracias especiales: la primera fue que los cuatro Seminarios *Redemptoris Mater* de Brasil (Belém, Rio de Janeiro, São Paulo y Brasilia) hicimos juntos la peregrinación por primera vez; y en segundo lugar, esta peregrinación sirvió para agradecer a Dios por el jubileo de plata del primer *Redemptoris Mater* de Brasil, el de Brasilia. Los grupos estaban compuestos proporcionalmente por seminaristas de los cuatro seminarios, para lograr una mayor comunión entre nosotros, ya que apenas tenemos ocasión de estar juntos por nuestras muchas actividades.

Esos días fueron de pura gracia de Dios. Nuestro rector siempre compara la peregrinación pascual con el camino que hacían los discípulos de Emaús junto al resucitado, al que fueron reconociendo al caminar con él y después de forma definitiva al partir el pan. Es así como me sentí yo: reconociendo a Jesús a medida en que Él se iba revelando en los acontecimientos durante el camino: en la comunión con los hermanos, en la convivencia con los seminaristas, en los momentos de intimidad con Cristo lejos de las preocupaciones cotidianas, en los detalles de amor de la acogida de los hermanos en las parroquias y las casas, en las bellísimas liturgias que celebrábamos, etc. Dios ha sido muy fiel conmigo durante estos años de Seminario que he vivido, pagando mis pecados con mucha gracia y bondad.

He participado ya de varias peregrinaciones pascuales: esta ha sido la cuarta experiencia. Y las gracias que he citado antes las he vivido también en otras peregrinaciones: la acogida, los momentos de oración, etc. Con eso no quiero decir que lo haya vivido ahora como una rutina, porque vivir estos hechos es siempre algo nuevo y mi vida es siempre diferente en cada ocasión. Sin embargo, quiero resaltar con eso que Dios siempre prepara alguna experiencia personal especial en cada peregrinación, teniendo en cuenta las necesidades de ese momento específico de mi vida. Siento a Dios como un

Padre porque nunca deja que me falte nada y también me corrige, dándome lo que necesito en el momento oportuno. Por eso antes de finalizar este pequeño relato quiero contar solo uno de esos momentos particulares de gracia que Dios, en su longanimidad, preparó para mí en esta peregrinación.

Nos encontramos con varios presbíteros en las parroquias y ciudades por las que pasamos en nuestro itinerario. Todos sin excepción nos acogieron muy solícitamente y contentos a pesar de los trabajos parroquiales. Nos daban su experiencia de vida con sinceridad e intentaban ayudarnos y animarnos a través de sus palabras en la homilía. Participaban con nosotros de la eucaristía, del oficio de lecturas y del ágape, e incluso cantaban músicas populares durante la cena, en ritmo de fiesta y alegría. De todos ellos destaco al padre Edgardo, filipino, párroco de la última parroquia de nuestro itinerario. Fue fantástica su homilía, donde nos contó la historia que Jesucristo hizo en él reconstruyendo su ministerio. No escondió sus pecados ni los engaños del Demonio, fue muy sincero; pero la verdadera protagonista fue la gracia de Dios, porque lo relató todo a la luz de la fe. Fue estupendo para mí, porque tiendo a desanimarme con mis debilidades y a proyectarlas hacia el futuro, cayendo en el miedo al fracaso; sin embargo, Dios me dijo por medio de este presbítero que no solo el futuro le pertenece a Dios sino que está lleno de bondad y providencia de Dios, mucho mayores que mis posibles pecados y caídas. Vi a Cristo resucitado en este momento reavivando mi vocación.

Creo que ya he hablado demasiado. Podría escribir mucho más pero prefiero dejarlo aquí. De todas formas es imposible transmitir por escrito una experiencia que Dios selló en mí por medio de su Espíritu Santo. Me gustaría expresar mis más sinceros deseos de que Dios me conserve en la alegría de su Resurrección por lo menos hasta Pentecostés o hasta el final del año o quien sabe, hasta el fin de mi vida terrena. Le pido a Dios que esta alegría se extienda también a los corazones de todos los hombres que con buena voluntad, buscan a Dios por la vía de la verdad impresa en su ser por la luz que resplandece del costado abierto de Cristo.

Fraternalmente, Vinicius de Lima Podda.

Carlos Alberto

Querido P. Juanjo.

Con esta carta quiero dejar constancia de mi experiencia de la peregrinación a Aparecida do Norte en la semana *In Albis* de 2015. En primer lugar agradezco a Dios por haberme concedido estar presente en este acontecimiento que me ha ayudado bastante en la vocación. En segundo lugar te agradezco a ti y a los demás formadores por vuestros esfuerzos para que esta peregrinación tuviese lugar, teniendo en cuenta todas las dificultades que seguramente habréis encontrado.

Ya desde la salida del seminario en aquella madrugada del lunes, sentía muy fuertemente la presencia de la Virgen María allí en la capillita cuando pedíamos Su intercesión para el viaje. Fueron muchas horas dentro del autobús, podría pasarnos algo con tantos peligros que hay en la carretera, pero gracias a Dios y a la Virgen María todo fue muy bien hasta llegar a Franca. Estuve en el grupo 4 y mi garante era Tulio, del seminario de São Paulo.

En Franca, Victor Fernandes y yo nos hospedamos en casa de un matrimonio de la tercera comunidad de la parroquia Santana, que tiene un hijo de 21 años que se llama José Carlos. Su madre nos decía que él caminó durante un tiempo pero luego lo dejó. Como madre, siente el deber de proteger a su hijo y nos decía que reza mucho por él. Aunque el muchacho está fuera de la comunidad, la madre nos decía que le gusta mucho el Canto IV del siervo de Yahweh y me pidió que se lo cantase a su hijo. Muy torpemente, agarré la guitarra y atendí a su deseo y canté también “Como la cierva”, que le gusta mucho a ella. Me sentí muy bien haciéndolo, poder ayudar y animar a aquel joven siendo yo tan miserable. Me impresionó esa imagen de la madre que intercede por su hijo.

Además de por Franca, hemos pasado por las ciudades de Nuporanga, Vargem Grande do Sul y Salto. En estas pequeñas ciudades vi cómo Dios me ama en el cariño y la atención que nos dieron los hermanos del lugar, siempre atentos a nuestras necesidades acogiéndonos en sus casas. Es un detalle de amor de Dios para mí, que soy tan pecador. ¡En Nuporanga los hermanos nos recibieron con fuegos artificiales! Nunca había sentido tanta alegría como al verlos, parecía que nos conocíamos desde hacía mucho tiempo. Me hospedé con otros dos seminaristas en casa de una señora que es laica consagrada Oblata de San Benito. Vino en misión desde Holanda a Brasil y está aquí hace más de 50 años

prestando su asistencia en hospitales y parroquias. Decía que la mitad de los habitantes de la ciudad nacieron en sus manos. Me impresionó mucho su amor a las personas y me recordó el amor de la Virgen María con sus hijos. Celebramos la eucaristía en la parroquia Santana con las 5 comunidades. ¡Fue maravilloso!

Yendo a Vargem Grande, durante un descanso para la lectura del libro sobre San José de Anchieta, un coche se paró junto a nosotros. Era una muchacha con ropa provocante dando a entender que quería invitarnos a alguna fiesta, discoteca o algo parecido. Al ver a nuestro garante vestido como clérigo se asustó y se marchó. Nos quedamos pensativos. Tulio dijo que el demonio no estaba nada contento con lo que estábamos haciendo allí, rezando y leyendo la vida de un santo. Y era verdad, pues la intención de aquella mujer era torcer nuestro camino.

La ida a la ciudad de Salto fue más complicada, porque teníamos que caminar muy cerca de la carretera al no haber arcén. Por allí pasaban muchos camiones y hubo un momento en el que un coche hizo un adelantamiento muy peligroso. Pero gracias a la intercesión de María no pasó nada. Me hospedé junto a otros dos seminaristas en casa de João Mezzalira y Lourdinha, los padres del P. João Baptista. La eucaristía en la parroquia de San Benedicto fue maravillosa. El P. Marcilio estaba inspirado y nos dio una palabra de ánimo que ayudó mucho. También fue marcante la experiencia fantástica del seminarista de nuestro grupo Junio José, que abrió su vida allí delante de todos de forma muy libre y espontánea. Todos se alegraron al oírlo y algunos incluso se emocionaron. Después de la eucaristía, un joven de las comunidades vino a decirme que estaba muy conmovido con la experiencia y alegría de los seminaristas; decía que tenía la “tentación” de levantarse nuevamente para el seminario.

Y padre, los detalles de amor no se acababan ahí. Los hermanos se preocupaban siempre de lavar y planchar nuestras ropas, nos daban sus mejores camas para dormir o sea, siempre lo mejor que tenían. Veo realmente a través de ellos la gratitud del amor de Jesús resucitado en esta Pascua.

¡La llegada a Aparecida en aquella gran procesión fue emocionante! Pisar por primera vez la Basílica cantando los cantos de la subida, sentir de cerca la fe del pueblo, a pesar de sus ruidosas manifestaciones culturales, no tiene precio. Cuando me arrodillaba delante de la imagen de Aparecida sentí una paz enorme, un silencio espiritual que nunca antes había sentido, por saber que en aquel momento la Madre escuchaba lo que yo le pedía. Fue una emoción indescriptible que culminó con los laudes y la eucaristía presididas por usted en aquel auditorio. Como decía en la homilía: “Habéis venido solo con un mochila a esta peregrinación, nada más, y aun así no os ha faltado nada.” Vi que es verdad, la palabra de Dios es viva y se cumple. Para mí lo que queda grabado de esta peregrinación es la figura de la Madre, aquella que ama y cuida a sus hijos.

De hecho, esta peregrinación me ha ayudado a seguir en el seminario, a saber que no me encuentro solo y que puedo contar con la intercesión de la siempre Virgen María. Nunca olvidaré estos acontecimientos. Le pido que siga rezando por mí para que no olvide los memoriales que Dios me ha concedido en este tiempo.

Un gran abrazo. Fraternalmente,
Carlos Alberto Nogueira de Jesus.

Rafael Enrique

Querido P. Juanjo,

Me gustaría manifestar mi agradecimiento a ti y a todos los demás formadores contando brevemente mi experiencia de esta peregrinación pascual al Santuario de Aparecida.

Esta ha sido mi primera peregrinación. Desde que llegué al seminario deseaba este momento pero el Señor solo lo ha permitido este año, mi cuarto en el seminario. Ya el Domingo de Pascua, al llegar de Belém, fue providencial poder escuchar tu exhortación en las vísperas cuando decías que Jesucristo no viene a mi encuentro para denunciar mi infidelidad, sino mi incredulidad. En estos días pude experimentar verdaderamente como los discípulos de Emaús, que Cristo camina conmigo, nunca me abandona.

Durante la caminata en las carreteras, el Señor siempre manifestó su presencia en medio del grupo, dando una palabra en los laudes, abierta al azar, que me ayudaba a vivir aquel momento pero

también a colocar toda mi vida a la luz de aquellas palabras: “*vigilad y orad, para que no caigáis en tentación*”, “*es del corazón de donde proceden las malas intenciones*”, “*si tu ojo te escandaliza, arráncatelo y lánzalo lejos de ti*” y otras muchas palabras que me ayudaron a preparar mi corazón para el encuentro con la Virgen María en Aparecida.

Veo que aún tengo miedo de ir a la Luz, miedo de que no me amen, pues soy pecador: un gran orgulloso que no acepta recibir gratuitamente tantas cosas de Dios a través de los hermanos, de mis padres, de la comunidad, del seminario; continué mendigando pequeños placeres, haciendo mi propia voluntad. En una de las casas en que fui acogido, delante de la mesa llena de comida dije al seminarista que me acompañaba: “¿Quién soy yo para merecer esto?” Había mucha comida.

Mi grupo pasó por dos lugares que para mí fueron especiales, que me hablaron fuertemente sobre la llamada que Dios hizo conmigo. En Caconde, donde me levanté por segunda vez en 2010, un año después de haberme levantado en Belo Horizonte. Aún no había confirmado nunca la llamada y allí fue importante porque soy afectivo y quería estar con los amigos divirtiéndome. Para levantarme tendría que dejarlos a todos e ir solo hasta el palco a recibir la bendición. Pedí en la Basílica de la Inmaculada Conceição do Bonsucesso de Caconde la misma gracia que pedí también en 2010: no tener miedo de hacer la voluntad de Dios. En Jundiá celebramos el oficio de lecturas con Don Vicente. Él, que fue obispo de Umuarama, tenía gran cariño por todos los misioneros de su diócesis, las familias en misión y los itinerantes, incluso en las misas de fin de año preguntaba si ya habían llegado las familias y saludaba cariñosamente a todos. Además fue él quien en Madrid en el encuentro con Kiko colocó las manos sobre mi cabeza después de la llamada. Esa fue la cuarta y última vez que me levanté antes de entrar en el seminario. Fue difícil, ya no sentía nada y pensaba desistir. Quería echarme novia y en el momento de la llamada, dije en mi corazón: “Señor, hasta hoy he buscado mi voluntad y no he sido feliz. Hoy dejo que se realice la tuya”. Me puse de pie y aquí estoy, en el cuarto año de seminario.

En Aparecida recé por las intenciones de los que me acogieron esos días: José Luis y Silvia (Franca), Rubens y Néia (Orlandia), Lúcia (Caconde), Irene (Jundiá), Antonio y Luíza (São Paulo). Recé por mi vocación y pedí una gracia a la Virgen María.

Nuevamente expreso mi agradecimiento a ti y a los demás formadores y concluyo mi experiencia con el salmo que me ayudó en todas las mañanas de esta peregrinación: “*La mano derecha del Señor ha hecho maravillas, la mano derecha del Señor me ha levantado. No moriré, mas viviré para cantar las hazañas del Señor.*”

Rafael Enrique Macedo

Rodrigo

Brasilia, 17 de abril de 2015.

Queridos hermanos, ¡Cristo Resucitó, verdaderamente Resucitó!

Dios me ha dado tantas gracias que me siento obligado a escribir la historia de amor que ha hecho conmigo en este tiempo pascual.

Inicié el Triduo Pascual muy ansioso por la gran Vigilia Pascual, en la que pasó fuertemente Cristo Resucitado desde los laudes, con la preparación de las lecturas, el ayuno, un tiempo de espera y finalmente la Vigilia, la noche maravillosa. Los signos, la preparación del salón, todo era espléndido; vi la mano de Dios en todo. En el transcurso de la celebración, no hubo nada a no ser el paso glorioso del Santo de Israel en medio de la asamblea exultante que celebraba su victoria sobre la muerte. Finalizamos nuestra acción de gracias al Señor con un ágape festivo al amanecer.

Por la mañana tocaron las campanas del seminario: era la hora de celebrar con un ágape increíblemente festivo la Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo y de saludar a los hermanos del seminario, formadores y hermanos en misión con la famosa frase: “¡Cristo Resucitó, verdaderamente Resucitó!”. De noche celebramos solemnemente las vísperas con adoración al Santísimo, agradeciendo todas las gracias que nos ha concedido durante este tiempo. Al final bailamos el Dayenú transbordantes de alegría y seguros de que la muerte no reinaba ya sobre nosotros.

De madrugada, más o menos a las tres, nos levantamos y fuimos a la capilla de la Virgen para el envío a la peregrinación rumbo al Santuario de Aparecida do Norte. Recibimos la bendición de nuestro rector y salimos en peregrinación llevando lo mínimo posible, porque sabíamos que Dios nos

precedería a lo largo de esos días.

Llegamos por la tarde a Franca, ciudad desde donde iniciaríamos nuestro camino. Allí celebramos las vísperas junto con todos los seminaristas y formadores de los cuatro seminarios *Redemptoris Mater* de Brasil. Al término de la celebración tuvimos un nuevo envío, ahora con una gran arma para combatir las dificultades que aparecerían en el camino, el rosario entregado por los formadores. También tuvimos la oportunidad de pedir una gracia delante de la Virgen Inmaculada.

Ya sobre la protección de la siempre Virgen María, fuimos de ciudad en ciudad caminando siempre entre 12 ó 14 kilómetros hasta llegar a nuestro destino. Íbamos caminando, rezando escuchando nuestras experiencias y entrando en una perfecta comunión. Éramos 18 seminaristas, de los cuales 2 eran del seminario de Belém, 2 del de São Paulo, 2 de Rio de Janeiro y el resto de Brasilia. Procedíamos de diversas ciudades, países y lenguas diferentes, pero comulgábamos de un mismo Espíritu, el que Jesucristo dejó a sus apóstoles.

Salimos desde Franca, pasamos por Guará, Tambaú, Cajamar, Santos, y finalmente llegamos a Aparecida do Norte. Por todos esos lugares nuestro paso era un acontecimiento, porque los hermanos nos recibían como si fuese el mismo Jesucristo. Nos acogían increíblemente, nos daban sus camas, abrían sus casas y nos daban lo mejor que podían. Nosotros teníamos tanto que agradecerles y eran ellos quienes al final de la eucaristía nos daban las gracias.

Tuve una experiencia fantástica, me sentí muy amado por estos hermanos que no me conocían a mí ni yo a ellos pero con los cuales veía que hablábamos la misma lengua; hablábamos de la Resurrección de Cristo y de cómo también nosotros habíamos resucitado con Él.

Las caminatas eran largas y fatigosas pero todo acababa cuando llegábamos a las parroquias y veíamos la alegría de los hermanos y cuanto deseaban que estuviésemos allí con ellos. Todos los lugares fueron fantásticos, pero en Tambaú fui acogido por un matrimonio, creo que de la primera comunidad, que fue espectacular; pero no fue eso que me impresionó, sino la señora que nos acogía que había luchado contra un cáncer y había perdido el pelo; para muchas mujeres eso sería causa de depresión o algo así, pero esta mujer estaba contentísima, yo veía en sus ojos la alegría; su rostro era el de alguien que ya no es esclavo de la vanidad sino de quien vive la vida en Cristo. Eso me dejó muy sorprendido y contento al ver que el mundo no tiene ya poder sobre esa hermana.

Seguimos nuestro camino y llegamos por fin al Santuario. Dos kilómetros antes nos reunimos de nuevo todos los grupos de seminaristas con los padres formadores y hermanos que nos acompañaban, para recibir una palabra de ánimo de los formadores y algunas instrucciones. Íbamos en una gran procesión cantando algunos cantos del Camino y rezando el rosario. Cuando llegamos al punto deseado, vi la grandeza del Santuario y me quedé admirado. Llegamos con todos los hermanos exultantes; fuimos al encuentro de la imagen de la Virgen de Aparecida, para formalizar la gracia que habíamos pedido en Franca. Delante de la Virgen nos arrodillamos y pedimos esa gracia que ciertamente se realizará.

Bueno, estoy realmente contento con todo lo que el Señor me ha concedido, un tiempo maravilloso de comunión con los hermanos. Espero que la Virgen siempre esté con nosotros precediéndonos en nuestro camino.

En Cristo Resucitado,

Rodrigo Nazareno Lima Freitas.

João Otávio

Me llamo João Otávio da Silva y soy originario de São João en Caconde, São Paulo. Allí hago el Camino en la basílica Inmaculada Conceição do Bom Sucesso. Tengo 17 años y estoy en el primer año de seminario.

Desde el inicio de este año todo ha sido nuevo en mi vida; aunque no esperaba entrar en el seminario este año me doy cuenta de lo que Dios ha hecho conmigo en esta casa de formación, haciendo crecer mi fe a cada día. Este año he comenzado a entender el amor de Cristo por mí, pues vivía triste como un hipócrita que rezaba superficialmente y no vivía en ese amor.

Es verdad que en estos 4 meses tuve crisis y períodos de angustia y vacío, a pesar de vivir junto a unas 80 personas. Pero en la Pascua de este año todo ha sido diferente: la comunidad, la parroquia, los

hermanos... y la pasé lejos de mi familia. Aun estando en una parroquia humilde con muchas precariedades, me sentí más feliz que en mi parroquia de origen.

Después tuvimos la peregrinación que me hizo conocer lo que es ser peregrino, ya que hasta entonces solo lo conocía de oídas. Hizo que viese mi vida también como una peregrinación, porque estoy aquí solo de paso y tengo que ser imagen de Cristo mientras tengo tiempo.

Esta ha sido mi primera peregrinación pascual y espero que la primera de muchas. Fue fantástico, cada día pasaba algo nuevo y me encontraba con el amor de los hermanos, lo que es extraordinario. Me sentía cerca de Dios por el cariño que recibía.

Otro hecho que me tocó fue convivir con hermanos de otros seminarios a los que nunca había visto. Viví estos 6 días con ellos como si fuesen mis hermanos de sangre, lo que me probó nuevamente el amor de Dios.

Visitar la casa de la Madre Aparecida fue lo que cerró mi peregrinación con llave de oro, porque cuando yo nací, prematuro y muy frágil, pesando solamente 500g., mi madre terrena le hizo una promesa a mi Madre Celestial. Contar hoy mi experiencia, estar en el camino de Dios y volver al Santuario como seminarista es un milagro.

João Otávio da Silva.